

JOSÉ IGNACIO BARTOLACHE, UN EDUCADOR EN EL SIGLO XVIII. LOS ORÍGENES DE LA PRENSA MÉDICA EN MÉXICO

Beatriz Quintanilla Madero

Beatriz Quintanilla
Madero



Médico Cirujano, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México. Doctorado en Medicina y Cirugía, Universidad de Navarra España. Especialista en Medicina Familiar, UNAM, México. Especialista en psiquiatría, Universidad de Navarra España. Reserch Fello, Universidad de Cambridge, Inglaterra. Miembro de la Asociación Mexicana de Psiquiatría. Certificada por el Consejo Mexicano de Psiquiatría. Miembro de la Sociedad Mexicana de Neuropsiquiatría. Miembro fundador de la Escuela de Medicina, Universidad Panamericana. Catedrática de Psicología Médica y Psiquiatría, Escuela de Medicina, Universidad Panamericana, sede México. Directora del Departamento de Psiquiatría y Psicología Médica, Escuela de Medicina, Universidad Panamericana, sede México. Colaboradora en revistas especializadas. Coautora de diversos libros, entre otros: «No te rindas ante los trastornos del peso»; «Anorexia nerviosa. Manifestaciones psicopatológicas fundamentales». Correo electrónico: [bquintan@mx.up.mx].

RESUMEN

José Ignacio Bartolache fue un médico mexicano que vivió durante el siglo XVIII. Publicó, entre 1772-1773, un periódico semanal llamado el **Mercurio Volante, con noticias curiosas e importantes sobre varios asuntos de Física y Medicina**. Este periódico es considerado la primera publicación periódica sobre medicina del nuevo mundo. Su intención fue «ilustrar» al pueblo, escribiendo sobre lo que consideró importante para toda la gente, no solamente para los médicos o la gente «instruida», pues afirmaba que «el deseo de saber es con igualdad inspirado a todo hombre»

y también a las mujeres. Por ello escribió en español y no en latín, con la esperanza de que todos pudieran entenderle, convirtiéndose así en un verdadero educador del siglo XVIII.

Palabras clave: «Mercurio Volante»; primera publicación periódica médica; Ilustración.

ABSTRACT

José Ignacio Bartolache was a mexican physician who lived in the Eighteenth-century. He published between 1772-73, **El Mercurio Volante, con noticias curiosas e importantes sobre varios asuntos de Física y Medicina**. This paper is considered to be the first medical periodical publication of the New World. He intended to «enlight» people, writing about what he thought it might be important for everyone, not only for other physicians or well instructed men. He considered that the «desire of knowledge is equally inspired to every man», and also to women. That is why he wrote in Spanish and not in Latin, hoping to be understood by everybody, and so he became a real teacher of the eighteenth-century.

Key words: «Mercurio Volante»; first medical journal; Illustration.

ANTECEDENTES

El siglo XVIII irrumpe en España con el estreno de una nueva dinastía: la borbónica, en la persona de Felipe V (Duque de Anjou), nieto del gran monarca francés, Luis XIV, el Rey Sol. La muerte de Carlos II sin herederos, forzó esta situación que desembocó en una guerra: la Guerra de Sucesión entre Felipe de Anjou —que representaba la nueva dinastía borbónica en España y era apoyada por Francia— y el archiduque Carlos de Austria —favorecido por Inglaterra y Holanda—. Finalmente, «la muerte del emperador austríaco, José, en abril de 1711, cambió el curso de la contienda, pues dejó en manos de su hermano, la corona imperial»¹⁷⁷,

¹⁷⁷ Cristina Borreguero Beltrán, «Una larga y densa historia: Castilla 1500-1800», *Actas del Seminario: Aproximación a la Historia de Castilla y León. Épocas Moderna y Contemporánea*, p. 93.

y así la cuestión quedó definida a favor de Felipe de Anjou, o Felipe V, pues los aliados «no deseaban que el archiduque recrease el imperio de Carlos V, por lo que este acontecimiento facilitó las deseadas negociaciones de paz. La paz de Utrecht se firmó el 11 de abril de 1713»¹⁷⁸.

Con este tratado, España pierde varios territorios europeos, sobre todo «los Países Bajos españoles y los territorios italianos, Milán y Nápoles. También perdió Sicilia que fue cedida al duque de Saboya, y Gibraltar y Menorca a Inglaterra»¹⁷⁹. Sin embargo, «la España Borbónica no fue una España cerrada al exterior, a pesar de sus amputaciones europeas. Las ideas de la Ilustración fueron introduciéndose desde mediados de la centuria. Fue una penetración gradual y más fuerte en algunos campos que en otros, pero alcanzó a aquellos que poseían medios y deseo de saber. La **Enciclopedia** francesa, prohibida por la Inquisición española en 1759, estuvo al alcance de quienes desearon leerla. El conocimiento científico y técnico se difundió a través de libros, visitas, museos y también de la prensa. Las ideas económicas se discutieron con libertad y el pensamiento mercantilista, importado en gran parte, se revitalizó a mediados de la centuria. Las ideas políticas fueron más controvertidas. El pensamiento de Montesquieu a favor de la monarquía constitucional, aunque frenado por la Inquisición, penetró también en la península»¹⁸⁰.

Durante la segunda mitad del siglo XVII, en Castilla se había vivido, sin embargo, un cierto declive, después del gran siglo que es conocido como el Siglo de Oro español: el siglo XVI. España va quedando un poco al margen de los avances científicos de la época y el avance científico se lleva a cabo, sobre todo, en Francia y en otros países europeos.

Mientras esto sucedía en España, la Nueva España entró a su tercer siglo de colonialismo. El cambio de dinastía se reflejó en la vida de la Colonia, pero no determinó su vida científica y cultural que fue adquiriendo, cada vez más, una idiosincrasia propia.

¹⁷⁸ *Idem.*

¹⁷⁹ *Idem.*

¹⁸⁰ Cristina Borreguero Beltrán, *op. cit.*, p. 106.

Esta idiosincrasia fue creciendo y tomando forma, sobre todo por el fenómeno del *criollismo*¹⁸¹, «fenómeno quizá central del siglo barroco novohispano, como fenómeno de cultura, en el que se enmarcan las diferentes actitudes de los hombres de Nueva España»¹⁸².

«Puede afirmarse que el “siglo barroco” no termina en Nueva España con la llegada de la centuria decimoctava, sino que se prolonga en ésta, y no sólo al comenzar, sino que la ocupa en la mayor parte de su desarrollo. Culturalmente hablando, la Nueva España del siglo XVIII representa sobre todo el mismo espíritu del siglo anterior, y si bien busca pronto caminos nuevos, estos parecen significar sólo necesidades formales y retóricas (inscritas en la contextura más intrínseca de lo barroco, que es movimiento continuo) y no afectar capas más profundas»¹⁸³.

«El racionalismo, no se hace sentir en México sino muy adelante en el siglo, muy poco a poco y en forma bien tamizada. Andando el tiempo, sin embargo, y al paso que las innovaciones retóricas, se lanzaban a una búsqueda desafortunada de soluciones imposibles, pueden advertirse ya cambios que revelan alteraciones más o menos profundas en el organismo social novohispano; más todavía, que muestran la aparición de una conciencia de la necesidad de modificaciones más allá de las puramente retóricas y formales; y aun, en muchos casos, la conciencia de un valor propio que se define otra vez —como al inicio del criollismo— a la defensiva. A la defensiva del desprecio, del olvido o del franco ataque de una Europa que propone, con más fuerza que nunca, sus valores como los únicos posibles. Son prolegómenos del vuelco mucho más violento que daría Nueva España a fines del XVIII, de orden muy diferente, y que haría que el país adquiriera un rostro muy otro que aquel con el que había iniciado la centuria y con el que había vivido siglo y medio»¹⁸⁴.

¹⁸¹ «Criollo, en principio, es el hijo de europeo nacido en América; pero [...] el concepto de criollo pronto rebasa esa connotación accidental del nacimiento y cualquier otra racial para referirse a un hecho de conciencia. En efecto, criollo no es sólo el hijo de europeo, sino el hijo, nieto o bisnieto de ese hijo». Cfr. Jorge Alberto Manrique, «Del Barroco a la Ilustración», *Historia General de México*, p. 433.

¹⁸² Jorge Alberto Manrique, «Del Barroco a la Ilustración», *Historia General de México*, p. 433.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 482.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 482-3.

«Muchos mexicanos, veían la necesidad de informarse mejor, de des-pabilarse, de ponerse al día. [...] José Ignacio Bartolache y José Antonio Alzate, ya francamente picados de las ideas ilustradas, continúan esa senda, el primero en las especulaciones teóricas y de matemáticas puras, el segundo con una preocupación muy práctica de la utilidad de la ciencia. A ellos hay que agregar un grupo de hombres de ciencia muy capaces y enterados, que renuevan el ambiente mexicano, como Velázquez de León, Andrés del Río, José Mociño, Manuel Guridi y Alcocer, y otros.

»Muchos de ellos han resentido el influjo de la Ilustración, cuyos aires han soplado en alguna forma en la Nueva España, como lo sentiría Humboldt al visitar México en los primeros años del siglo XIX: por eso hace el conocido elogio de la ciencia mexicana, a la que considera por encima de cualquier otra del continente. Sin embargo, es difícil decir hasta qué punto puede realmente llamárseles ilustrados. [...], apenas muy avanzado el siglo se advierten signos de que las ideas enciclopedistas peligrosas penetran en la Nueva España.

»Lo que puede llamarse “Ilustración mexicana” no está representada por aquellos hombres que defendían las cualidades y valores morales de su patria barroca, ni por los que intentaban una renovación filosófica, ni quizá aun por quienes estaban al día en cuestiones científicas, sino por otros que, haciendo eso o sin hacerlo, dejaron de ver con beneplácito la realidad mexicana y empezaron a criticarla violentamente. No hubo en el México de finales del siglo XVIII ateos, deístas, enemigos de la Iglesia¹⁸⁵ o racionalistas puros (actitudes que califican la Ilustración), pero sí hombres

¹⁸⁵ En efecto: «El catolicismo de Bartolache y de todos sus contemporáneos, casi sin excepción, es sincero y no una simple máscara contra una posible persecución. El problema es si éste solo rasgo puede, como se ha sostenido, descalificar a todo el mundo hispánico de ilustrado. Sostener que la Ilustración es una filosofía fundamentalmente irreligiosa, deja fuera de esta corriente por lo menos a Alemania, Italia, España y sus colonias. Es mucho dejar fuera, y a la verdad, no vale la pena. Basta, en cambio, extender la noción de Ilustración, verla como una ideología, y se ajusta más al término de la realidad. Cabe entonces el catolicismo. Ya es otra cosa definir con cuidado cuál es la actitud católica ilustrada. [...] hay que añadir, para nuestros criollos, la devoción guadalupana. ¿Cómo se iba a abandonar un culto que era consustancial al criollo mexicano, simplemente porque se ha adoptado el pensamiento ilustrado?». Cfr. Roberto Moreno, **José Ignacio Bartolache. Mercurio Volante (1772-1773)**, p. XXI-XXII.

que coinciden en la actitud crítica de la sociedad donde viven. Son los hombres que producen el “despertar” del “sueño de la Nueva España”. Ya no creen en los valores propios, sino que se empeñan en destruirlos. [...] Los ilustrados niegan todo valor a la cultura barroca, la ven con pesimismo y sólo esperan que el americano —en cuyas cualidades intrínsecas creen— pueda, con mejor educación y bajo otras circunstancias, ponerse a la altura de los tiempos.

»Nueva España termina el siglo XVIII con un evidente deseo de cambio y de modernidad, que significan la Ilustración y neoclasicismo. Al tomar ese partido, que quizá era el único que podía tomar, daba la espalda a los esplendores de la cultura barroca. Jugando la carta de la modernidad, dejaba en prenda el mundo barroco, que hasta ese momento había sido lo mejor de sí mismo: quizá lo único verdaderamente identificable como propio»¹⁸⁶.

PERIODISMO EN MÉXICO

«Los antecedentes del periodismo como tal, fueron los pregoneros nombrados por el Cabildo para dar a conocer las noticias a los vecinos de la ciudad de México. Se implantó esta modalidad a partir del 4 de noviembre de 1524. Posteriormente se originaron las “Actas del Cabildo”, las “Hojas Volantes” y los primeros impresos de una o dos hojas. Durante la época colonial no existió la polémica periodística, ésta apareció en la Independencia y alcanzó, durante la Revolución, su aspecto más álgido»¹⁸⁷.

El primer periódico que aparece en México es **La Gaceta de México y Noticias de la Nueva España**, en 1722. Éste parece ser el periódico más antiguo de América en el que se encuentran secciones de diferentes tipos de noticias y de aparición continua¹⁸⁸.

¹⁸⁶ Jorge Alberto Manrique, *op. cit.*, p. 468-8.

¹⁸⁷ Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, en: [<http://www.bnah.inah.gob.mx>].

¹⁸⁸ Cfr. Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango, «¿Cuáles son los orígenes del periodismo?», en: [<http://www.banrep.gov.co/blavirtual/pregfrec/hist-periodism>].

Ya en las gacetas del siglo XVIII, y en los periódicos editados durante los primeros años de vida independiente, aparece el interés de los autores mexicanos o, mejor dicho, entre algunos criollos que se manifestaron por medio de la prensa, de fomentar una conciencia nacional. También, «las intenciones de los editores eran “ilustrar” al pueblo —ya presentes en publicaciones como las de José Antonio Alzate y José Ignacio Bartolache—, así como el deseo de establecer un debate con ciertos ilustrados europeos; no se conocía la preocupación de informar sobre acontecimientos del momento ni la de recuperar los costos de esa labor, características de los periódicos actuales»¹⁸⁹.

Las primeras publicaciones científicas fueron editadas por José Antonio Alzate y José Ignacio Bartolache. José Antonio Alzate (sacerdote) publicó un periódico, en 1768, llamado **Diario Literario de México** que fue suprimido y reimpresso repetidas veces con diferentes nombres, entre otros: **Asuntos Varios Sobre Ciencias y Artes**, con once números publicados; reaparece posteriormente con el título de **Observaciones sobre Física, Historia Natural y Artes Útiles**, en 1787, del cual se editaron catorce números. En enero de 1788, reaparece con el nombre de **Gaceta de Literatura** que fue publicada mensualmente, aunque con cierta irregularidad, hasta 1799. Esta publicación constituía una revisión literaria y científica. Todas las materias fueron examinadas y discutidas por el ilustrado sacerdote-editor. Se pueden leer, con beneficio, artículos sobre medicina, botánica, mineralogía, arqueología mexicana, arquitectura, filosofía, etnología, jurisprudencia, física, astronomía, topografía, etcétera. Los archivos son una verdadera enciclopedia y el número y variedad de los asuntos considerados, así como el modo erudito en que son tratados, son una prueba evidente de la extraordinaria erudición del Padre Alzate¹⁹⁰.

Por su parte, José Ignacio Bartolache, publicó en 1772-1773 el **Mercurio Volante, con noticias curiosas e importantes sobre varios asuntos de Física y Medicina**. Este periódico es considerado la primera publicación sobre medicina del Nuevo Mundo. Tiene otras publicaciones, pero la

¹⁸⁹ Rosalba Cruz Soto, «Las publicaciones periódicas y la formación de una identidad nacional». *Revista Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, en: [http://www.ejournal.unam.mx/historias_modernas/histmoderna_index.html].

¹⁹⁰ Camillus Crivelli, «Periodical Literature, Mexico», *Catholic Encyclopedia*, en: [<http://www.newadvent.org/cathen/11685a.htm>].

única publicación periódica fue el **Mercurio Volante**. Entre sus escritos anteriores al **Mercurio Volante** se encuentra «**Lecciones de Matemáticas** que en la Real Universidad de México, dictaba Don José Ignacio Bartolache»¹⁹¹.

JOSÉ IGNACIO BARTOLACHE

José Ignacio Bartolache y Díaz de Posadas, nació en Guanajuato el 30 de marzo de 1739. Sus padres y abuelos eran «[...] todos españoles, nobles, de sangre limpia de impurezas [...]»¹⁹². No se sabe a qué edad llegó a México, «pero en 1772, a los 33 años era ya doctor en medicina»^{193, 194}.

Estudió filosofía en el colegio de San Idelfonso, de los jesuitas, y posteriormente tuvo que dejarlo por falta de medios económicos y «vaguear de una escuela a otra. [...] De San Idelfonso pasó al Colegio Pontificio Seminario a estudiar la teología, en donde, en virtud de su aplicación y de haber coordinado la biblioteca [...] se le retribuyó tan molesto trabajo con una beca de merced; quiero decir que se le dispensó de pagar como a los otros cierta cantidad para su subsistencia»¹⁹⁵, pero fue expulsado «del Seminario por seguir las modernas obras de Cano, y de este modo, se encontró Bartolache nuevamente desamparado. Para su fortuna, y bien de nuestra cultura, la familia Osorio le dio albergue y comida, y Joaquín

¹⁹¹ Fernando Fernández del Castillo, *El doctor José Ignacio Bartolache, médico, escritor e innovador*, p. 385.

¹⁹² Esto es importante pues las «leyes médicas de Castilla fueron transferidas a América». En ellas, «Antonio de Mendoza, el primer virrey de la Nueva España, recibió instrucciones de vigilar que ninguna persona prohibida por las leyes y pragmáticas españolas para practicar la medicina, cirugía o farmacéutica pudiera ejercerlas en América o graduarse como bachiller, licenciado o doctor». *Real Cédula al virrey de Nueva España*, Madrid, 15 de octubre de 1535, AHNM, Códices, 692 B; Códices, 684 al 725B. Cedulario índico. **Resoluciones y decretos reales durante los siglos XVI, XVII y XVIII**, 42 ts., t IX, f.72v. Citado por TATE LANNING, John. *El Real Protomedicato. La reglamentación de la profesión médica en el Imperio Español*.

¹⁹³ Roberto Moreno, *op. cit.*, p. IX.

¹⁹⁴ En esa época se obtenía en primer lugar el grado de bachiller, con el que se podía ejercer la medicina. Posteriormente se podía optar por el grado de licenciado y por último el de doctor en medicina.

¹⁹⁵ José Antonio Alzate, «Elogio histórico del doctor don José Ignacio Bartolache», *Gacetas de la Literatura de México*, p. 403-413. Citado por Moreno, *op. cit.*, p. XI-XII.

Velásquez de León lo instó a estudiar medicina y le proporcionó libros de esa facultad»¹⁹⁶.

El 21 de abril de 1766 le fue concedido, *nemine discrepante*, el grado de bachiller en medicina por el maestro Juan Gregorio de Campos.

«Mientras estudiaba medicina dedicó también Bartolache cierto tiempo a las matemáticas, seguramente bajo la sabia preceptiva de Velásquez de León. Por ello, cuando el visitador José de Gálvez comisionó a este último personaje para acompañarlo en su viaje por el noroeste, se pensó en Bartolache para sustituir a Velásquez en la cátedra que, como propietario, impartía en la Real y Pontificia Universidad de “astrología y matemáticas”. Velásquez de León salió de México en abril de 1768 y Bartolache quedó como catedrático sustituto»¹⁹⁷.

El 12 de julio de 1772 se le otorgó el grado de licenciado en medicina, y posteriormente, el 10 de agosto de 1772, hizo el examen de doctorado y se le concedió el grado de doctor en medicina. «La conclusión de la tesis doctoral fue esta vez sobre el célebre primer aforismo de Hipócrates: “*Vita brevis, ars longa; experimentum periculosum, judicium difficile*” (La vida es breve, el arte extenso; el experimento peligroso, el juicio difícil). La tesis fue dedicada por Bartolache a la Virgen de Guadalupe. [...] Es éste el primer texto de Bartolache que nos informa de su enorme devoción por la Virgen de Guadalupe, devoción que ocupó su tiempo en la última etapa de su vida y que condujo a que quedara injustamente condenado como antiguadalupano»¹⁹⁸.

Ya siendo doctor, Bartolache «se lanzó de inmediato a la ardua y costosa empresa de publicar un periódico médico ilustrado. Éste fue el **Mercurio Volante, con noticias importantes y curiosas sobre física y medicina**, cuyo primer número apareció el sábado 17 de octubre y logró mantener una periodicidad más o menos semanal durante dieciséis números, hasta el miércoles 10 de febrero de 1773. Cerró, como otros, por no poder sufragar los gastos. [...] Es el segundo periódico ilustrado mexicano

¹⁹⁶ *Ibidem*, p. XIII.

¹⁹⁷ *Ibidem*, p. XIV-XV.

¹⁹⁸ *Ibidem*, p. XX-XXI.

(antes, en 1768, se había publicado el **Diario literario**, de Alzate) y el primero dedicado expresamente a la medicina»¹⁹⁹.

Al dejar de editar el **Mercurio Volante**, «abandonada para siempre la empresa del periódico, Bartolache trató de seguir la carrera universitaria sin mucho éxito, seguramente en gran medida por su carácter belicoso»²⁰⁰. Cuando Joaquín Velásquez de León renunció a su cátedra universitaria en 1773, Bartolache concursó en oposiciones por ella, pero la «cátedra le fue concedida al doctor José Girad Matienzo, catedrático de anatomía y cirugía, no sin enormes protestas de Bartolache»²⁰¹.

Durante esta época, «la situación económica de Bartolache era desesperada y la práctica y el ejercicio de la medicina no le bastaban para resolver sus problemas financieros. [...] En 1777 la suerte empezó a cambiar. El Virrey Bucareli nombró a Bartolache ensayador segundo supernumerario de la Casa de Moneda, empleo que, sin ser muy importante, le permitió el pago de sus adeudos y empezar a mejorar de posición, porque no podía menos que destacarse como un hombre inteligente»²⁰². Posteriormente fue nombrado apartador general del reino, nombramiento «tan lucrativo como honroso», que le convirtió en un médico famoso y en un hombre importante a quien se le llamaba para diversos asuntos.

«Murió el 9 de junio de 1790. Escribió, entre otras cosas: **Lecciones de matemáticas; Instrucción para la cura de las viruelas, y Observaciones astronómicas del paso de Venus por el disco del sol**, las cuales hizo en compañía del sabio Alzate. Este último trabajo después de ser publicado en México, fue reimpresso en París por disposición de la Academia de Ciencias de Francia»²⁰³.

¹⁹⁹ *Ibidem*, p. XXII-XXIII

²⁰⁰ Bartolache tuvo en más de una ocasión problemas con las autoridades académicas, tanto en el Colegio de San Idelfonso como en la Universidad por su forma de ser, y se granjeó algunas enemistades. Era rebelde y belicoso (*Vid.* F. Fernández del Castillo, *op. cit.*, y Moreno, *op. cit.*).

²⁰¹ *Ibidem*, p. XXIII.

²⁰² *Ibidem*, p. XXIV-XXX

²⁰³ José Álvarez Amézquita; Miguel E., Bustamante; Antonio López Picazos; Francisco Fernández del Castillo, **Historia de la Salubridad y de la Asistencia en México**, tomo I, p. 156.

La obra **Lecciones de matemáticas**, es una de las más importantes en México durante el siglo XVIII, y «más que un tratado de matemáticas es una metodología de la ciencia y un verdadero ideario. Su novedad consistió en que, ardiente admirador de Descartes, se coloca Bartolache en franca rebeldía con el pensamiento reinante hasta entonces en la Real Universidad»²⁰⁴.

«Una aserción muy interesante que en el **Mercurio Volante** encontramos, principio de una etapa de independencia intelectual, es la siguiente: “Es una gloria filosofar con solidez y conocer la misma naturaleza que Dios creó sin atenerse a sistemas imaginarios: demostrar con evidencia la conexión de los efectos más admirables con sus respectivas causas, y hacerse dueño del mundo como lo hizo Newton”»²⁰⁵.

Escribe, en 1779 —cuando el **Mercurio Volante** ya había dejado de editarse—, a instancias del Protomedicato, la **Instrucción para el tratamiento de las viruelas**, que «es de mérito, porque recomienda a los médicos y pacientes observar una conducta de verdadera sencillez en contraste con la polifarmacia acostumbrada hasta entonces.

»Pero el mérito de Bartolache fue su actitud de rebeldía contra la pedantería y falsa ciencia, y fue precursor de las reformas que en todos los campos de la medicina se llevaron a cabo en años posteriores»²⁰⁶.

EL «MERCURIO VOLANTE»

El nombre completo que Bartolache puso a su periódico fue: **Mercurio Volante con Noticias Importantes y Curiosas Sobre Varios Asuntos de Física y Medicina**. Fiel a su época y a su condición de criollo, se encuentra orgulloso de su tierra, a la cual ensalza en la introducción y subraya que «[...] las luces del siglo presente y el buen gusto, han hecho de entonces

²⁰⁴ Álvarez Amézquita, *et al.*, *Historia de la Salubridad y de la Asistencia en México*, tomo III, p. 371.

²⁰⁵ *Ibidem*, p. 374.

²⁰⁶ *Ibidem*, p. 376.

[de la conquista] acá estupendos progresos»²⁰⁷, aunque reconoce que no existen diferencias en distintos tipos de ciencias y se disculpa «porque no toquen alarma contra mí algunos patriotas americanos imaginándose agraviados, por cuanto no pretendo que nos tengan por consumados en todo género de ciencias». De estos *patriotas americanos* dice: «Primeramente contentémonos con que se diga de verdad que somos sumamente hábiles, ingeniosos, y de bellas potencias, y que aprendemos con facilidad todo cuanto se nos enseña. Lo demás es querer persuadir que nacemos enseñados, como no se nace en ningún país del mundo»²⁰⁸. Sin embargo, dice, «las Américas [...] deben todas sus luces a nuestra España, y a la Europa culta»²⁰⁹ y aunque insiste que «hay en las Américas, tanto o más que en otra parte ingenios felices, admirables, hombres verdaderamente nacidos para formarse su método en particular y aprender por sí mismos cosas muy buenas», reitera que «sobre capítulo de instrucción y cultura sería una vanidad muy mal fundada el no ceder, con respeto y admiración, a la Europa. Soy tan fino, apasionado y tan celoso de la gloria de mi nación como el que más; no puedo sin embargo disimular, ni hacer traición a la verdad»²¹⁰.

En el primer número, del 17 de octubre de 1772, explica cuál es el plan de su periódico y qué se propone. Su objetivo lo expresa de un modo muy claro: «Comencemos pues a comunicar al público en nuestro español vulgar²¹¹ algunas noticias curiosas e importantes y sean sobre varios asuntos de física y medicina, dos ciencias, de cuya utilidad nadie dudó jamás. Tal es el plan que me he propuesto y espero desempeñar mi palabra no muy desairadamente»²¹².

También explica el porqué del nombre, que hace referencia a *Mercurio*, quien «[...] según la fábula, era el mensajero de los dioses, en cuyo obsequio

²⁰⁷ José Ignacio Bartolache, «Mercurio Volante», edición publicada por Roberto Moreno, *Biblioteca del Estudiante Universitario*, p. 4.

²⁰⁸ Bartolache, *op. cit.*, p. 5.

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 6.

²¹⁰ *Ibidem*, p. 8.

²¹¹ Ya en párrafos anteriores se refiere Bartolache a «la misteriosa ceremonia de que todo lo de ciencias haya de salir en latín». Bartolache, *op. cit.*, p. 6.

²¹² *Ibidem*, p. 9.

volaba con suma celeridad hacia cualquier parte que se le enviase. [...] Así pues, por una especie de alegoría nada reprehensible, he querido llamar **Mercurio Volante** a un pliego suelto, que llevará noticias a todas partes, como un mensajero que anda a la ligera. Saldrá todos los miércoles, día en que parten de esta capital todos los correos del reino»²¹³.

Deja además muy claro lo que no pretende, haciendo ver que su periódico no es una gaceta, y por ello insiste: «Últimamente, ninguno espere nada de política, ni de lo que tocara, aunque fuese de un modo muy indirecto al gobierno. No me he propuesto una gaceta; ni Mercurio supo de oficio otra cosa que decir y hacer lo que sus superiores le mandaban: en lo demás procedía de su cuenta y riesgo aquel astuto mensajero, y el mío ya cuidará de andar muy prudente y avisado»²¹⁴. Al final de cada número adelanta cuál será el título y asuntos a tratar en el siguiente.

Del **Mercurio Volante** se publicaron dieciséis ejemplares, a los que su autor llamaba *pliegos*. El primero, como he dicho, vio la luz el 17 de octubre de 1772 y el último el 10 de febrero de 1773. En el último número, es el mismo Bartolache quien explica del siguiente modo que suspenderá la publicación del periódico: «Dando repetidas gracias a mis apasionados y lectores les noticio que estoy en ánimo de suspender mis papeles hasta tanto que se acaben de despachar los impresos anteriores. A nadie debe parecer inmoderada opción la de indemnizar los costos de la imprenta, que hasta ahora no se han indemnizado todos. Es pues éste ya el último **Mercurio** por ahora; quedándose en mi papelería muchos asuntos que podrían acaso interesar la curiosidad de nuestros americanos»²¹⁵.

La razón que da Bartolache para suspender sus pliegos, fue fundamentalmente de tipo económico. Esta razón es la misma por la que, al parecer, se suspendió la publicación de otras gacetas y periódicos del siglo XVIII, pues su fin no era el de obtener beneficios monetarios con su publicación y en todos los casos fueron costeados por los mismos editores. El costo de editar un periódico era alto; sólo el papel se llevaba casi un 5% del costo total²¹⁶.

²¹³ *Ibidem*, p. 9.

²¹⁴ *Ibidem*, p. 10.

²¹⁵ *Idem*.

²¹⁶ Roberto Cruz Soto, *op. cit.*

TEMAS Y CONTENIDO DEL «MERCURIO VOLANTE»

Los dieciséis números publicados se refieren a temas médicos diversos, de interés sobre todo para el público en general. Se nota la intención del autor de que sean entendidos por un público amplio, y del mismo modo que asienta en el primer número, en el segundo vuelve a insistir en que escribe para todos, e incluso para las mujeres, y en español (pues «el latín sólo es necesario para entender libros latinos, pero no para pensar bien, ni para alcanzar las ciencias, las cuales son tratables en todo idioma»²¹⁷). Protesto ante todas cosas (y entiéndase de una vez para siempre) que no trato de erigirme en catedrático de los hombres instruidos, ni dar lecciones a aquellos mismos de quienes yo he tomado muchas en calidad de discípulo; solamente miro hacia los que no saben, ni son sujetos de carrera, pudiendo serlo, y a lo que llamamos vulgo, gente que pasa en todo el mundo por ignorante y ruda de profesión, aunque no todo por su culpa [...] siendo certísimo que el deseo de saber es con igualdad inspirado a todo hombre. [...] Nada diré en particular (porque ya otros lo han dicho) de las mujeres, sexo inicuaamente abandonado y despreciado como inútil para las ciencias no más que por haberlo querido así los hombres, y no por otra razón»²¹⁸.

Entre los temas que trata, examina instrumentos modernos como el termómetro y el barómetro, y se detiene a explicar detenidamente para qué sirven y cómo fabricarlos, porque no se encontraban fácilmente ya hechos. No entra en profundidad a analizar síntomas o enfermedades específicas, pues no está escribiendo para especialistas, sino para ilustrar al pueblo, aunque en uno de los números sí hay una detallada descripción del *mal de histeria* del que se habían presentado varios casos.

Los títulos de los dieciséis números son:

1. Plan de este papel periódico.
2. Verdadera idea de la buena física, y de su grande utilidad.
3. Noticia y descripción de los instrumentos más necesarios y manuales que sirven a la buena física.

²¹⁷ Bartolache, *op. cit.*, núm. 2, p. 14, 28 de octubre de 1772.

²¹⁸ *Ibidem*, p. 13-14.

4. Continuación del pliego precedente.
5. Lo que se debe pensar de la medicina.
6. Avisos acerca del mal histérico que llaman latido.
7. Carta de un cacique discreto al mercurista y al autor de los «asuntos varios».
8. Uso y abuso del pulque para curar enfermedades.
9. Prosigue la historia del pulque.
10. Experimentos y observaciones físicas del autor en el pulque blanco.
11. Consejos para vivir mucho tiempo.
12. Prosigue la materia del pasado.
13. Prosigue la traducción del célebre Cornaro.
14. Dáse fin al primer discurso de Cornaro.
15. Memoria de un anónimo sobre la importancia de la anatomía para la medicina.
16. Continuación de la memoria sobre la importancia de la anatomía.

Después de haber explicado el objetivo del periódico en el *primer* número, en el *segundo* hace referencia a lo que es la física y por qué considera la medicina como parte de ésta. En el *tercer* y *cuarto* números escribe acerca del termómetro y el barómetro como «los instrumentos más necesarios y manuales que sirven a la buena física»²¹⁹. Describe con todo detalle cómo hacerlos, qué materiales han de utilizarse, las instrucciones que han de seguirse para que realmente queden bien terminados y puedan ser útiles. Se nota el interés del autor de que todo el que lo lea le entienda bien, y por ello reitera que «de intento voy evitando voces facultativas, por emplear las más vulgares y servirme de ejemplos asimismo muy triviales, para que todos me entiendan»²²⁰, y pide a todos que «se sirvan de visitar de cuando en cuando sus termómetros luego que los tengan y hacer sus apuntamientos. Es lástima que éste y semejantes instrumentos se miren como adorno del gabinete sin aplicarlos al uso que tienen»²²¹.

²¹⁹ *Ibidem*, p. 23.

²²⁰ *Ibidem*, p. 27.

²²¹ *Ibidem*, p. 32.

Sobre «*Lo que se debe pensar acerca de la Medicina*», tema del quinto número, Bartolache escribe una apología de la medicina, pues en aquellos tiempos este arte andaba de capa caída y era muy criticado, como si la medicina fuera «[...] punto menos que un ente de razón, una pretendida arte adivinatoria y conjetural, una ciencia mocosa, imperfecta, no sólo falible sino también falsa por la mayor parte»²²². «Dejo a los contemplativos —continúa Bartolache— que consideren allá para sí cuál habrá sido la causa de que habiendo mucho mayor número (pues es infinito el de los necios) de malos lógicos que de malos médicos, todavía se conviene en que hay una *lógica, arte, noble, real y verdadera medicina del ánimo, perfecta y bien fundada, cuanto podía esperarse de hombres limitados y débiles de potencias por su misma naturaleza y por una positiva corrupción, funesto efecto del primer pecado. No obstante, aquellos mismos que confesarían voluntarios (lo que nadie negó jamás) que somos capaces de conocer menos ruda e imperfectamente a nuestros cuerpos que a nuestras almas: por otra parte niegan o abaten con sumo desprecio la arte bienhechora del género humano, la que trata de la naturaleza y afecciones de este objeto, menos incógnito, a la verdad, que las ideas y producciones o alteraciones del alma, de que se tiene un conocimiento sumamente confuso y sin recurso a experimentos palpables. Y si alguno repusiere que la sola razón natural, esta lumbre divina concedida a todos los hombres, da para todo eso; yo diré que algo más dará esa misma razón fortificada y ayudada de la experiencia. Una y otra se consultan para la medicina*»²²³.

Gran parte del quinto número lo dedica a argumentar en contra de Feijoo, quien por lo visto había escrito oponiéndose a la medicina, y asentando en alguna parte de su obra que «*no hay medicina perfecta en el mundo y que la que ejercitan los médicos sabios es imperfecta y harto falible*»²²⁴. Tales ideas en contra de la medicina habían sido retomadas por otros «indiscretos» quienes se adelantaron a propalar, apoyando a Feijoo: «*No hay medicina, y si existe aún la que Dios crió, ningún médico la posee*»²²⁵. Contra quienes piensan así afirma Bartolache: «Vivan y mueran, si así lo

²²² Bartolache, *op. cit.*, núm. 5, p. 46, 18 de noviembre de 1772.

²²³ *Ibidem*, p. 49.

²²⁴ Cita del «Discurso V del Teatro Crítico de don fray Benito Gerónimo Feijoo y Montenegro y subrayado de Bartolache», *op. cit.*, núm. 5, p. 50.

²²⁵ *Idem*.

quieren, en su opinión, y mueran sin médicos ni medicina; ni ella ni ellos se darán por sentidos del desaire»²²⁶. Continúa con su argumentación en contra de Feijoo explicando las razones por las que no se debe juzgar una ciencia si no se conoce a fondo ni su historia ni el punto al cual ha llegado. «Mientras esto no se hiciera se corre un gran riesgo de errar metiendo la hoz en mies ajena, esto es, arrojándose a criticar lo que no se conoce muy bien»²²⁷. Sin embargo, también deja claro que él venera mucho a Feijoo, de quien gusta de todos sus libros «reconociendo cuán bien merecida y justa es la estimación que nuestra España hace de su mérito» y a quien «[...] nunca se podrá alabar bastante por los importantes servicios que hizo a su nación en punto de letras e introducción del buen gusto»²²⁸.

Aunque Bartolache se propone escribir «para todos», es evidente que el tono en el que está redactado este pliego va dirigido a gente culta que conoce los autores y muy probablemente las obras que Bartolache cita. Lo que en realidad está haciendo es defender a la medicina y a los médicos de las ideas que él identifica como venidas de Feijoo pero que seguramente son, cuando él escribe, ideas que posee gran parte del público. Uno de los principales problemas era que había muchos que practicaban la medicina y se decían médicos que no tenían los estudios ni las licencias necesarias para ejercer la medicina. Se sabía que algunos extranjeros que no eran médicos, llegaban al país buscando hacer fortuna y algunos de ellos se hacían pasar por médicos, sin que tuvieran ningún conocimiento real. Este problema se daba también por la falta de médicos graduados en el país.

Por todo lo anteriormente expuesto, Bartolache reconoce finalmente que la medicina puede ser falible, como todas las ciencias, «no porque falten en ellas principios ciertos y de la última evidencia (en lo cual no cede la medicina a ninguna de las naturales), sino porque siempre es arduo y

²²⁶ *Idem.*

²²⁷ *Ibidem*, núm. 5, p. 51.

²²⁸ *Ibidem*, p. 52.

expuesto al error y alucinación ²²⁹ el aplicar bien los universales al caso particular y la teoría a lo práctico» ²³⁰. También se queja de que la medicina está «de suyo más expuesta a la impostura (y por eso quizá a la maledicencia de las gentes) y usurpación de ignorantes intrusos que la ejercitan y de ciertos graduados que no tiran a matarse por cumplir con su obligación. El remedio de estos daños consiste, lo primero, en que se proceda con todo el rigor de las leyes, que prudentísimamente se hicieron para desterrar de la república semejantes aventureros. Y por lo que toca a los demás, mire cada enfermo en su particular de quién se fía» ²³¹.

Por último reivindica a Feijoo, haciendo referencia a algunas máximas que este fraile propone en la misma obra, que según Bartolache, «las de los números 68 y siguientes hasta el fin [no las explicita] merecerían escribirse sobre las paredes en casa de todos los médicos para su recuerdo y en la cabecera de los enfermos para su gobierno» pues éstas «[...] pueden servir de norte y luz para que cualquiera interesado sepa fácilmente discernir al verdadero médico del charlatán; y aun entre muchos que tengan legítimas facultades y título correspondiente nunca podrá confundirse el más hábil con el atrasado» ²³².

El *pliego o número seis*, contiene una descripción muy interesante y extensa sobre «*El mal histérico que llaman latido*». Éste es propiamente el primer número en el que Bartolache hace una descripción «clínica» de una enfermedad. Refiere los signos y los síntomas de la *histeria* tal y como era observada por los médicos de su tiempo. Evidentemente hace referencia

²²⁹ El término *alucinación* aparece con frecuencia en los escritos de Bartolache. Es evidente que no está utilizando el término del modo como se entiende actualmente, que se refiere casi exclusivamente a un síntoma psicopatológico que define una alteración en la percepción sensorial, y se dice por tanto que una alucinación es una percepción sin objeto. Es decir, los órganos de los sentidos «sienten» y perciben sin que exista un objeto real que los excite. Anteriormente, alucinación se definía como «error de los sentidos y de la inteligencia, que, excitados por una causa cualquiera, se figuran ver lo que no existe, y tienen por verdadero y evidente lo que es falso». Por ello se usaba para describir la confusión, el engaño, o el deslumbramiento de la inteligencia. (*Diccionario Universal de la Lengua Castellana, Ciencias y Artes*, Biblioteca Universal Ilustrada, Establecimiento tipográfico de J. Amalio Muñoz. Cuesta de Ramón, núm. 3, Madrid, 1879).

²³⁰ Bartolache, cit., núm. 5, p. 53.

²³¹ *Ibidem*, p. 53 -54.

²³² *Ibidem*, p. 54.

al «sexo débil», pues todavía en el siglo XVIII se piensa que la histeria es un mal exclusivamente femenino. Describe el *mal histérico*, tal y como lo ha observado y posteriormente se refiere a la causa, que según él, tiene su origen en «alguna “irritación de la matriz”²³³, que infesta el cerebro y nervios y también los músculos, primeramente aquellos que sirven a los movimientos vitales y luego en su progreso los que sirven a los movimientos voluntarios»²³⁴. Hace referencia a su epidemiología y anota que es un mal hereditario, «según la razón y la experiencia demuestran todos los días naciendo de madres histéricas, hijas semejantes»²³⁵. Expone cuáles son a su parecer las tres causas principales por las que aparece la histeria en México y que sólo se dan en este país: la primera es «[...] el abuso del dulce y el chocolate. La segunda, el vestido ajustado, supuesta inacción o falta de ejercicio. La tercera, la perversa costumbre de recogerse a dormir y levantarse tarde. Las causas menos principales y que son comunes a otros países donde no se padece tanto de afecciones histéricas, pueden encerrarse en dos: la una es estar nuestra atmósfera más expuesta a alteraciones y variedades, quizá por su ligereza y menor ámbito, quedando este suelo en una enorme altura sobre el nivel del mar. De donde es también que el aire oprime menos nuestros cuerpos y no causa tan fuerte reacción de los sólidos contra los humores²³⁶. La otra es que siendo México una ciudad populosísima, abunda sobremanera en inmundicias y malos vapores que hacen el aire malsano y corrompido»²³⁷. Como vemos, éstas dos últimas causas no han cambiado mucho en nuestros días y la última incluso ha empeorado. ¡Ya quisiéramos haber tenido el mismo «aire malsano y corrompido» que según Bartolache había en la Ciudad en el siglo XVIII!

²³³ El término *histeria* viene del griego *histerus* = útero. Los antiguos griegos pensaban que algunas mujeres se ponían histéricas porque el útero se salía de su lugar y daba vueltas por todo el organismo. Al centrar la causa en el útero, se pensaba que el mal era únicamente de las mujeres. Se ha visto, sin embargo, que algunas de sus manifestaciones también se presentan en los hombres.

²³⁴ Bartolache, *op. cit.*, núm. 6, p. 57-58, 25 de noviembre de 1772.

²³⁵ *Ibidem*, p. 58.

²³⁶ Sigue en esto la teoría humoral de Galeno que explicaba las diversas enfermedades según el equilibrio o desequilibrio de los cuatro humores fundamentales del cuerpo humano: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra. Esta teoría estuvo vigente en la medicina hasta finales del siglo XVIII y fue siendo abandonada poco a poco conforme se fueron encontrando las causas específicas de las enfermedades y se fueron diversificando las distintas especialidades de la medicina.

²³⁷ *Ibid.*, *cit.*, núm. 6, p. 60-1.

Una vez expuestos el origen, las causas y la descripción de la enfermedad, proporciona consejos oportunos para reducir o evitar el mal, y también explica el tratamiento. En este apartado se dirige también a las propias enfermas. Los consejos se refieren sobre todo a evitar los orígenes que él considera que son la causa de la enfermedad, como: reducir la ingesta de chocolate y dulce; no utilizar ropa apretada; bañarse (ducharse) con frecuencia, y aumentar la cantidad de ejercicio diario. Sobre el ejercicio, proporciona consejos distintos según se trate de monjas o de «damas seglares»; estas últimas pueden «salir de sus casas e irse a ejercitar hasta con diversión donde gustaren»²³⁸. Habla también de la necesaria ventilación que, durante la noche, requieren contar los dormitorios en los conventos de monjas, sobre todo si se trata de dormitorios comunes. Bartolache estimaba que de cada diez mujeres seglares, sólo cuatro estarían libres del mal, y sólo dos de cada diez monjas. En su pliego, propone consejos especiales para éstas, pues en esa época había surgido un problema en algunos conventos, sobre todo de la Ciudad de México y de Puebla. Bartolache no hace referencia al problema en su pliego, pero se infiere, por el texto, que lo conocía bien. En efecto, en 1769, «los prelados Francisco Antonio Lorenzana y Francisco Fabián y Fuero, ejemplos de los más preclaros del reformismo eclesiástico en México, emprendieron la reforma de los conventos de monjas con el fin de reducirlas a la “vida común”. Se trataba de que las monjas de México y Puebla, hijas de gente adinerada, abandonasen las prácticas de privilegios de que gozaban en sus conventos y volviesen a tener celdas comunes, comidas comunes, etcétera. Esto causó un gravísimo problema religioso y civil, pues las monjas se negaron a esta nueva reducción y se presentaron innumerables casos de histeria»²³⁹.

Hace ver cómo las purgas, medicamentos y remedios de su tiempo poco podían contra el mal histérico; aclara que la supresión de las reglas no es causa del mal histérico y advierte por último a las *damas seglares* «cuán mal hacen en abandonarse en sus preñados y partos a la indiscreción de las parteras, sus comadres», e insiste: «[...] hablemos claro, señoras: mientras no aprendieren estas mujeres el *arte de partear*, escrito y perfeccionado hoy por hombres muy hábiles, es disparate fiarse de las

²³⁸ *Ibidem*, p. 62.

²³⁹ Roberto Moreno, *op. cit.*, p. XLVI.

comadres para otra cosa que para recibir y bañar a la criatura y mudar ropa limpia a la parida»²⁴⁰.

En el *número siete*, Bartolache transcribe una carta que le envía un cacique que ha leído sus «mercurios» y otro periódico de la época que escribía el Padre José Antonio Alzate y se llamaba **Asuntos varios sobre ciencias y artes**. El supuesto indio comenta los temas de los que han escrito Bartolache y Alzate y da sus propios puntos de vista²⁴¹.

En los *números ocho, nueve y diez*, el autor escribe sobre el pulque, su historia, sus usos y las observaciones que él mismo ha realizado con esta «bebida regional de nuestra América»²⁴². La descripción de la planta del maguey —de la que se saca el pulque—, el modo cómo se obtiene, fermenta, guarda y transporta es profusamente explicado en los *números ocho y nueve*²⁴³. Y, en cambio, en el *número diez*, el autor describe sus propios «experimentos y observaciones físicas en el pulque blanco»²⁴⁴. En este pliego hace mención de los usos medicinales que puede tener el pulque, por ejemplo en la diarrea, y analiza cómo el pulque, aunque no sea el más reciente (el que se consigue dentro de las primeras treinta horas de su entrada en la taberna), puede resultar útil. Para demostrarlo, Bartolache efectúa una serie de experimentos. Lo primero que pretende probar es que el pulque no se acidifica muy rápido, para lo cual realiza distintas observaciones en pulque que tiene diversas horas de fermentación y concluye que «[...] es muy susceptible este licor de infinitos fraudes e imposturas, sin que sea fácil su discernimiento por un simple examen al informe de los sentidos»²⁴⁵.

También estudia la composición del sedimento del pulque, uno de cuyos componentes es la cal, utilizada en su proceso de fermentación. A este sedimento confiere gran parte de las virtudes medicinales del pulque:

²⁴⁰ Bartolache, *op. cit.*, núm. 6, p. 64.

²⁴¹ Bartolache, *op. cit.*, núm. 7, p. 65-75, 2 de diciembre de 1772.

²⁴² Bartolache, *op. cit.*, núm. 8, p.76, 9 de diciembre de 1772.

²⁴³ Bartolache, *op. cit.*, núms. 8 y 9, p. 76- 96., 9 y 23 de diciembre de 1772.

²⁴⁴ Bartolache, *op. cit.*, núm. 10., p. 97, 30 de diciembre de 1772.

²⁴⁵ *Ibidem*, p. 103- 4.

«Por lo que a mí toca, estoy de dictamen que la cal, de que tanto se usa en el proceso químico del pulque, contribuye mucho para los efectos saludables que ciertamente constan de repetidas observaciones en su administración»²⁴⁶. Bartolache disiente sobre algunos usos medicinales que se le atribuyen al pulque (como podría ser una virtud diurética) y está en contra de que se le hierva antes de tomarlo para evitar la flatulencia; en sus experimentos observa que «[...] esta flatulencia del pulque no se corrige con hacerlo hervir antes de tomarlo y pierde en la cocción todo su espíritu quedando bastante desazonado e ingrato»²⁴⁷. Finalmente se abstiene de realizar observaciones y pruebas con el pulque en su propia persona: «No sea que (como me dijo con agudeza cierta persona para disuadirme) tenga otro observador que escribir lo que a mí me sucediere»²⁴⁸.

Los números *once*, *doce*, *trece* y *catorce* los dedica Bartolache a traducir la obra de un italiano, denominada: **Consejos para vivir mucho tiempo**. Se limita, prácticamente, a transcribirla. La traducción que hace Bartolache no es del original italiano sino de una traducción al francés de 1700; no pudo conseguir el original italiano y por ello traduce al español la versión francesa que pudo conseguir a través de un amigo. Transcribe la obra completa, incluyendo el prólogo del traductor francés y se limita a añadir algunas notas «[...] para que no vaya tan a secas mi traducción»²⁴⁹. Justifica su trabajo porque este volumen «[...] es sin duda uno de los más apreciables tratados que en su género se dieron a la luz pública. No hay quien no le cite con elogio y estimación»²⁵⁰.

El autor original de esa disertación, el italiano Luis Cornaro, fue un hombre que se dice vivió más de cien años. Escribió sus consejos en cuatro «discursos». Los dos primeros fueron impresos por primera vez en Padua, en 1558, y al parecer son los que conoció el traductor francés. El tercero y cuarto fueron impresos hasta 1699, mucho después de la muerte de Cornaro ocurrida en 1565²⁵¹.

²⁴⁶ *Ibidem*, p. 106.

²⁴⁷ *Ibidem*, p. 107.

²⁴⁸ *Ibidem*, p. 108.

²⁴⁹ Bartolache, *op. cit.*, núm. 11, 6 de enero de 1773, p. 111.

²⁵⁰ *Ibidem*, p. 110.

²⁵¹ *Cfr.* Nota núm. 4 de Bartolache al prólogo de la traducción francesa. Bartolache, *op. cit.*, p. 112.

El discurso que edita Bartolache es sólo el primero de ellos. En él se ofrecen consejos para vivir mucho tiempo, sobre todo a través de una vida sobria y de que se observe una buena dieta consumiendo alimentos en adecuada cantidad y calidad. Cornaro se queja de que muchos problemas de la gente de su tiempo (esto es el siglo XVI) son causados por la falta de sobriedad: «Verdaderamente son dignos de compasión los hombres de este siglo, cuya desgracia es que la profusión y exceso en lo de comer y beber se ha hecho moda con agravio a la santa sobriedad, hija de la templanza; siéndolo la otra del orgullo y del apetito desordenado. Sin embargo de eso, la profusión se llama hoy magnificencia, generosidad, grandeza y es generalmente estimada en el mundo, al mismo tiempo que la frugalidad pasa por avaricia y bajeza en la común opinión de las gentes; y éste es uno de los errores que deben su origen a la costumbre. Él es tal que nos ha hecho renunciar a la vida parca y contenta de poco, enseñada por la misma naturaleza desde la primera edad del mundo y que nos conservaría largo tiempo en él. Corremos ahora precipitadamente tras los excesos que abrevian el número de nuestros días; somos viejos antes de haber gustado la juventud»²⁵². A este argumento y al modo de resolverlo para vivir mucho tiempo, poniéndose él mismo como ejemplo, dedica Cornaro su primer discurso y Bartolache su traducción, sus notas y la nada despreciable cantidad de cuatro *pliegos*²⁵³. Lo cual es de tener en consideración; Bartolache editaba sus pliegos de su propio peculio, y tiene que dejar de editarlos por falta de dinero.

Cornaro sigue en sus consejos la tradición hipocrática y galénica de la medicina humoral, por eso señala que: «El alimento ordinario que tomo, siendo de una calidad y cantidad precisamente adecuadas para mi subsistencia, no me cría alguno de aquellos malos humores que alteran el temperamento, y [...] a más de esta precaución, yo no omito otras muchas: me preservo del gran calor y del gran frío; no hago ejercicio violento; me guardo de desvelarme y me abstengo de mujeres; no habito lugares en que se respira un mal aire, ni me expongo al viento fuerte, ni a

²⁵² Luis Cornaro, traducido por Bartolache, *op. cit.*, p. 115-116.

²⁵³ Bartolache, *op. cit.*, núms. 11, 12, 13 y 14, p. 109-152.

los ardores del sol»²⁵⁴. También dice que se han de moderar las pasiones «[...] cuyo ímpetu desconcierta muchas veces la armonía de un cuerpo de la mejor constitución»²⁵⁵, pues «[...] las pasiones del ánimo son menos fuertes en un hombre templado y sobrio que en otro que no lo es»²⁵⁶.

En los *números quince y dieciséis*, Bartolache edita una **Memoria de un anónimo sobre la importancia de la anatomía para la medicina**, que «[...] por segunda mano y bajo de una cubierta, llegó a mí la presente memoria con estas cuatro iniciales al frente: PDMR»²⁵⁷.

En el escrito se pondera la importancia que posee el estudio de la anatomía para la medicina. No es ésta la única ciencia que debe conocer el médico, pero «no hay ciencia más capaz de aclararle en los errores en que puede caer en su ejercicio, de indicarle los remedios convenientes en las enfermedades y sugerirle un verdadero pronóstico»²⁵⁸. En la época que escribe Bartolache había «algunos que miran con ceño y desdén la anatomía práctica»²⁵⁹ y según Bartolache, es por eso que el autor de la memoria se disfraza y prefiere mantener el anonimato. En una nota al pie de página, se refiere Bartolache a que él mismo ha asistido a las clases de *Anatomía Práctica*, en «[...] el Anfiteatro Anatómico que de orden del rey se abrió, tres años ha, en el Real Hospital de Naturales; y protesto que no me ha sido inútil la asistencia a las disecciones de cadáveres. Esta inspección me habilitó mucho para estudiar aprovechadamente las obras de los príncipes Vesal[io], Ruysch, Malpighi, anatomistas incomparables que cito aquí no por ostentación de que tengo a todos tres completos en mi estudio, sino por noticia y en ánimo de frecuentarlos a los estudiantes aplicados; siendo autores rarísimos aún en la Europa misma»²⁶⁰.

Al leer la **Memoria** se comprende por qué Bartolache tiene interés en editarla; el autor anónimo va citando las razones por las cuales es

²⁵⁴ Cornaro, traducido por Bartolache, *op. cit.*, p. 125.

²⁵⁵ *Ibidem*, p. 126.

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 127.

²⁵⁷ Bartolache, *op. cit.*, núm. 15, p. 153-163, y núm. 16, p. 164-174.

²⁵⁸ *Ibidem*, p. 159-160.

²⁵⁹ *Ibidem*, p. 153.

²⁶⁰ Bartolache, *op. cit.*, nota, p. 153-154.

importante el estudio y el conocimiento de la anatomía ²⁶¹. En el texto del autor anónimo puede leerse: «La anatomía nos ha enseñado que los antiguos habían conjeturado sin razón los cuatro humores y sus intemperies como las causas de las enfermedades. No encontrándose, pues, en el cuerpo estos humores, la teoría sobre que fundamentaban este concepto debe necesariamente confundirse. La mayor parte de sus medicamentos consistían en purgantes violentos y suponían en ellos una cualidad *electiva*, que los unos eran propios a la cólera, otros a la melancolía, otros a evacuar la flema. Yo convendré con ellos que entre los purgantes los unos son preferentes a los otros, y que son más o menos propios a disminuir la violencia y alejar las causas de ciertas enfermedades; pero esto resulta por razones muy diferentes a las que ellos exponen; no conjeturo nada recomendables sus hipótesis, respecto a no hallarse en ninguna de ellas concordancia a las leyes de la circulación que nos demuestran físicamente que en el cuerpo humano, la sangre y todos sus humores circulan sin cesar por un infinito número de canalitos en virtud de vibración y del tono de las partes sólidas; [...] el descubrimiento de la circulación dio el último golpe a la disipación de estos errores; desde entonces se asegura físicamente que vivimos mientras la sangre está en movimiento dentro de sus correspondientes vasos; que ella riega y fertiliza todas las partes del cuerpo; y que por esta circulación maravillosa nuestro cuerpo se precave de corrupción en la que no dejaría de caer sin ella» ²⁶².

²⁶¹ «Durante la Ilustración, el cuerpo humano era entendido como el último compendio visual. Así, la parte visible del cuerpo humano estaba a su vez compuesta de otras diferentes e invisibles. El conocimiento de estas últimas solamente era posible a través de las operaciones quirúrgicas y de las disecciones y, más ampliamente, de las disecciones *postmortem*. El extendido uso de las disecciones anatómicas en los teatros anatómicos como una forma de educación quirúrgica fue propio del pensamiento ilustrado.

»Basar el conocimiento quirúrgico en los principios de la anatomía a través de las disecciones, acentuó y legitimó la imagen de la cirugía como ciencia. Así durante estos años, los cirujanos se referían cada vez menos al arte de la cirugía y cada vez más a la ciencia de la cirugía». (Cristina Borreguero Beltrán, **Guerra y medicina en la época moderna**, sin editar, marzo, 2002).

²⁶² Anónimo publicado por Bartolache, *op. cit.*, p. 160.

La **Memoria** sigue dando argumentos a favor de la anatomía. El descubrimiento de la circulación había tenido lugar poco tiempo antes, y en muchas ocasiones, los médicos no hacían estudios de anatomía práctica en cadáveres sino que estudiaban dibujos. Algunos de estos dibujos no correspondían al cuerpo humano sino a dibujos hechos de animales, y por esta razón había errores en el conocimiento cabal del cuerpo humano.

En otra parte de la **Memoria** insiste: «Muchos profesores están en el error de no ser necesaria la práctica de la anatomía para conocer la fábrica del cuerpo humano; pero no sé cómo podrán sostener semejante paradoja. En la anatomía, para raciocinar con orden, es necesario conocer exactamente la estructura, situación, figura, tamaño y las otras propiedades que nuestros sentidos pueden descubrir en las partes sensibles del cuerpo; razones poderosas para poder deducir que el anatómico instruido podrá llegar a ser un completo profesor, y al contrario» ²⁶³.

Para reforzar sus argumentos va nombrando a los grandes profesores extranjeros que han hecho descubrimientos importantes en relación al cuerpo humano y su funcionamiento, y cómo en Europa el estudio de la anatomía se considera «como una parte de la física, indispensable a los que se destinan a la carrera de la medicina» ²⁶⁴. «Los progresos de tan recomendable práctica inclinaron el real ánimo del señor don Fernando el Sexto, el año pasado de 49 para mandar pasar a la famosa Universidad de Leyden un maestro del Real Colegio de Cádiz y tres colegiales no solamente para observar el método que allí se seguía sobre la enseñanza del arte por aquellos grandes varones sino también para que, instruidos los nuestros, franqueasen sus luces a sus concollegas con

²⁶³ *Ibid.*, p. 167.

²⁶⁴ *Ibid.*, p. 168.

utilidad del servicio en la real armada»²⁶⁵. Este Real Colegio fue fundado en el año de 48; «[...] Han sido tan rápidos los progresos de esta real fundación que me lisonjeo no tengan ya cabimiento los extranjeros en nuestra España con prejuicio bien notorio de sus habitantes»²⁶⁶.

Según este escrito, razones similares indujeron al rey Carlos III para fundar en Barcelona otro Real Colegio de Cirugía, y en la capital de México una cátedra de anatomía teórica y práctica en el Real Hospital de Naturales²⁶⁷, al que ya se ha referido previamente Bartolache.

Como ya mencionamos, al final del *número dieciséis*, Bartolache se despide y da las gracias a sus lectores: «Les noticio que estoy con ánimo de suspender mis papeles hasta tanto que se acaben de despachar los impresos anteriores. A nadie debe parecer inmoderada opción la de indemnizar los costos de la imprenta, que hasta ahora no se han indemnizado todos. Es pues éste ya el último **Mercurio** por ahora; quedándose en mi papeletera muchos asuntos que podrían acaso interesar la curiosidad de nuestros americanos»²⁶⁸.

²⁶⁵ «Con el asentamiento en el trono del primer monarca Borbón, Felipe V, se inició la reconstrucción de un nuevo modelo de Armada de Guerra acorde con los principios de centralización y profesionalización. La Corona borbónica mimó y protegió a la cirugía que gracias a ese apoyo fue capaz de tecnificarse conforme a las nuevas exigencias del momento.

»La Corona comprendió muy pronto que, dado el inmovilismo universitario (arraigado también en las facultades de medicina), era necesario crear una estructura extrauniversitaria y dependiente de las autoridades de Marina para fomentar la enseñanza de la cirugía y de la medicina a sus cirujanos, técnicos de los que dependía, en última instancia, la salud de la marinería y oficialidad embarcada. [...] Poco a poco y gracias a ese apoyo de la Corona, la cirugía se transformó en una ciencia moderna y [...] se procedió a equiparar la “ciencia de la cirugía” con la “ciencia de la medicina” y a abrir los Colegios de Cirujanos de la Armada. El primero en Cádiz en 1748 y que nació intencionadamente al margen de la Universidad. Al Colegio de Cádiz siguió el de Barcelona en 1760 y el de San Carlos en Madrid en 1787. [...] La formación se completaba con el envío de profesores y colegiales a centros extranjeros por cuenta de la Real Hacienda, especialmente a París, Leyden y Bolonia» (Borreguero Beltrán, Cristina, *op. cit.*).

²⁶⁶ Anónimo publicado por Bartolache, cit., p. 168-9.

²⁶⁷ *Ibidem*, p. 168.

²⁶⁸ Nota de Bartolache al final del núm. 16, p. 174.

Con esto terminan los pliegos publicados por Bartolache como periódico semanal. Nunca volvió a editarse. El autor redactó otros escritos que se publicaron posteriormente, pero ya no de forma periódica sino de manera ocasional.

Así terminó para Bartolache la aventura editorial del **Mercurio Volante**, y para México dio inicio el periodismo médico. ■

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ AMÉZQUITA, José; BUSTAMANTE, Miguel E.; LÓPEZ PICAZOS, Antonio; FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Francisco, **Historia de la Salubridad y de la Asistencia en México**, Secretaría de Salubridad y Asistencia, tomos I y III, México, 1960.
- ALZATE, José Antonio, «Elogio histórico del doctor don José Ignacio Bartolache», **Gacetas de la Literatura de México**, 4 volúmenes, Puebla, Oficina del Hospital de San Pedro, 1831, volumen I. Citado por MORENO, Roberto, **José Ignacio Bartolache. Mercurio Volante (1772-1773)**, UNAM, México, 1993.
- BARTOLACHE, José Ignacio, **Mercurio Volante**, 17-X-1772. Edición publicada por MORENO, Roberto, **Biblioteca del Estudiante Universitario**, núm. 101, UNAM, México, 1993.
- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina «Una larga y densa historia: Castilla 1500-1800», **Actas del Seminario: Aproximación a la Historia de Castilla y León. Épocas Moderna y Contemporánea**. Universidad Popular para la Educación y Cultura de Burgos, Burgos, España, 2002.
- _____, **Guerra y medicina en la época moderna**, Conferencia dictada en la Escuela de Medicina de la Universidad Panamericana, México, 18-III-2002 (sin editar).

- COLOMBIA. BANCO DE LA REPÚBLICA, «¿Cuáles son los orígenes del periodismo?», **Biblioteca virtual Luis Ángel Arango**, Colombia, 2007 [en línea]:
[<http://www.banrep.gov.co/blaavirtual/pregfrec/hist-periodism>].
- CRIVELLI, Camillus, «Periodical Literature, Mexico», **Catholic Encyclopedia**, Transcribed by Douglas J. Potter, 2003 [on line edition]:
[<http://www.newadvent.org/cathen/11685a.htm>].
- CRUZ SOTO, Rosalba, «Las publicaciones periódicas y la formación de una identidad nacional», **Revista Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México** [en línea], Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965-24, junio 2003, publicación semestral, vol.20 [en línea]: [http://www.ejournal.unam.mx/historias_moderna/histmoiderna_index.html]. ISSN: 0185-2620.
- ESPAÑA. **Diccionario Universal de la Lengua Castellana, Ciencias y Artes**, Biblioteca Universal Ilustrada, Establecimiento tipográfico de J. Amalio Muñoz, Cuesta de Ramón, núm. 3, Madrid, 1879.
- FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Fernando, **El doctor José Ignacio Bartolache, médico, escritor e innovador**, Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 10, UNAM, México.
- MANRIQUE, Jorge Alberto, «Del Barroco a la Ilustración», **Historia General de México**, El Colegio de México, México, 2000.
- MÉXICO. BIBLIOTECA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA. **Hemeroteca Histórica**, México, 2007 [en línea]: [<http://www.bnah.inah.gob.mx>].
- MORENO, Roberto, **José Ignacio Bartolache. Mercurio Volante (1772-1773)**, UNAM, México, 1993.
- **Real cédula al virrey de Nueva España**, Madrid, 15 de octubre de 1535, AHNM, Códices, 692 B; Códices, 684 al 725B, Cedulario índico, **Resoluciones y decretos reales durante los siglos XVI, XVII y XVIII**, 42 tomos, tomo IX, f.72v. Citado por TATE LANNING, John, **El Real Protomedicato. La reglamentación de la profesión médica en el Imperio Español**, UNAM, México, 1997.